

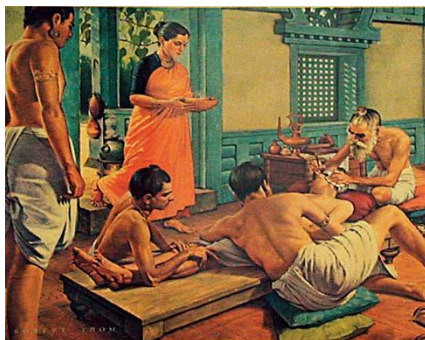
## Homenaje a la enfermería

Mediante este expositor, el Museo quiere rendir un homenaje a la enfermería, que ha venido constituyendo una actividad imprescindible para la salud de la Humanidad. El cuidado de la salud individual y grupal, y el acompañamiento en el dolor y la muerte, han existido desde el inicio de las sociedades. Mujeres como Marcela, Florence Nightingale, o Edith Cavell marcaron el inicio de un oficio paralelo al del médico, sin el que no comprenderíamos la medicina.

### Historia de la enfermería

El primer documento escrito sobre el trabajo de las enfermeras, es una inscripción en piedra caliza, procedente del reinado de Ramsés II, hacia el 1250 a.C., en el que determinadas mujeres eran dispensadas de la obligación de trabajar en la construcción de los templos del Valle de los Reyes y permanecían en sus casas atendiendo a los familiares enfermos. También los sacerdotes egipcios, que trataban ciertas enfermedades recibían, en los templos, la ayuda de mujeres de extracción social elevada, para asistir a estos enfermos.

La profesión de enfermera surgió en la India, y tiene sus raíces en el sistema monástico fundado por Buda hacia el 500 a.C.



En los textos médicos hindúes se cita a menudo la función de las enfermeras y se describen sus cualidades: limpieza, inteligencia, carácter de fiar y simpatía para con los pacientes. En el Kasyapa se insiste en que no deben enfadarse y han de saber controlar el genio. El Susruta Samhita subraya

la absoluta fidelidad al médico y sus instrucciones. Sabemos que trabajaban en 18 hospitales, contruidos hacia el 225 a.C. por Asoka, el gran monarca hindú. Los antiguos griegos, a pesar de toda su sabiduría, no reconocían el valor del trabajo de las mujeres, y por ello no había enfermeras en Grecia. En todo el Corpus Hipocraticum, no se habla ni una sola vez que las mujeres ayuden a los enfermos; si el paciente necesitaba atención junto al lecho, la proporcionaba un médico joven. Las únicas mujeres aceptadas eran las

omphalotamai, o encargadas de cortar el cordón umbilical; es decir, las comadronas. Pero intervenir en el parto era algo ajeno a la medicina, de ello, se encargaban las parientes y vecinas de mayor edad.

La difusión del cristianismo afectó a la profesión de la enfermería de dos formas. Como es lógico, el ideal del amor cristiano veía con buenos ojos a las mujeres que se sacrificaban para atender a los enfermos. Por otra parte, la actitud cristiana suponía el alejamiento de la medicina fisiológica racional que se había abierto camino en Grecia y Alejandría. Los cristianos tenían una fe fatalista en la “Divina Providencia”, y transformaron el tratamiento del paciente en oraciones a Dios y a los santos apropiados, pero hubo excepciones notables. En Cesárea, Capadocia, el obispo San Basilio fundó el año 370 una institución llamada Basileo, con hospitales, leproserías, casas para ancianos y locos, residencias para médicos y otro personal y una casa de enfermeras regida por Santa Macrina, su devota hermana; la casa fue probablemente residencia y centro de formación, aunque no sabemos lo que se enseñaba en esta escuela de enfermería, la más antigua de la cristiandad. Cabe suponer, que estaría más cerca de la preparación del enfermo para la aceptación resignada de la muerte, que de la atención médica racional.

Desde el punto de vista médico, las cosas mejoraron en Roma algunas décadas más tarde, con la creación del que se considera más antiguo hospital cristiano de occidente. En general, las mujeres romanas tenían un estatus distinto al de las griegas: eran respetadas, gozaban de libertad de movimientos y estaban protegidas por la llamada stola matronalis, un manto que llevaban después de casarse. Ciertas mujeres llamadas “diakonissae” (servicio o cuidado), acudían al más antiguo templo cristiano de Roma, para atender a los enfermos de manera más o menos profesional. La atención organizada a los pacientes no se puso en marcha hasta el final del siglo IV. Marcela, rica viuda romana, transformó su espléndida residencia en centro de formación y vivienda de hermanas enfermeras.

Su contemporánea y amiga Fabiola fundó, el año 390, un hospital más próximo a la idea moderna de tal institución, el famoso “nosocomio”, palabra de origen griego que se compone de nósos (enfermedad) y komō (cuidar). Esta misma etimología tiene la palabra nosocomial, como la infección producida en el hospital. Fabiola, tras dos matrimonios desdichados, se convirtió al cristianismo y dedicó el resto de su vida a la caridad, en especial

con los enfermos y pobres de Roma, a algunos de los cuales acogió en su palacio y les prestó la atención de una enfermera.

Con posterioridad a estas damas romanas, el cuidado de los enfermos estará en manos de monjes, monjas y beatas, en monasterios y hospitales religiosos. La medicina medieval seguía teniendo más de consuelo espiritual y preparación para la muerte, que de atención médica. Algo más especializadas estaban las Beguinas, sociedad de damas piadosas laicas, que entregaban su vida al cuidado de los enfermos; entre los hombres había una organización parecida llamada Beghards. Sus pocos sucesores solo sobrepasaron, de forma excepcional, el territorio ahora ocupado por Bélgica y Holanda.

Pasaron siglos y, con la secularización de la sociedad en el XIX, fueron naciendo los nuevos hospitales civiles ingleses, en los que la asistencia y cuidado de los enfermos era muy deficiente. La buena medicina y cirugía necesita algo más que buenos médicos bien preparados. Muchos pacientes morían a consecuencia del tratamiento ignorante o descuidado, que sufrían tras su ingreso, y la catadura del personal hospitalario solía ser temible. Como recuerda el historiador Courtney Dainton: «Casi todas las enfermeras eran ignorantes y no habían recibido ninguna formación, y estaban más interesadas en ahogarse en ginebra que en rehabilitar o confortar a los pacientes. Muchas de ellas se comportaban como el Sairey Gamp de Dickens. Las mejores trabajaban de día, pero por las noches los enfermos quedaban en manos de "vigilantas", que no sabían nada de atención a los enfermos, y a las que poco se podía exigir a cambio de la mísera suma que ganaban por trabajar toda la noche».

El punto de partida de la enfermería moderna, debe buscarse en la actividad filantrópica de la cuáquera Elizabeth Fly (1780-1845). En 1829, el pastor alemán Teodoro Fliedner visitó el Reino Unido y quedó sorprendido por las enseñanzas de esta joven inglesa. De regreso a Alemania, y en colaboración con su esposa, abrió en 1836 una escuela de “Diaconisas de Kaiserwerth”, cerca de Dusseldorf, para mujeres que quisieran dedicarse al cuidado de los enfermos en las casas. En 1850 Florence Nightingale (1820-1910), por entonces una jovencita que aún no había cumplido los veinte años, se desplazó hasta allí y conoció el proyecto del matrimonio Fliedner y quedó impresionada de los éxitos que empezaba a lograr. La joven inglesa decidió entonces ingresar como alumna de la escuela y allí adquirió pronto

los conocimientos esenciales que, irían madurando en su interior. Pero la rígida disciplina era más apropiada para las campesinas alemanas, que para su nervioso intelecto. Permaneció sólo 3 meses, volvió a Roma para ingresar como novicia en un convento y, una vez más, fracasó. Tras pasar algunos meses con las hermanas de San Vicente de Paul, recibió el nombramiento de matrona de una institución de Londres para “pobres de posición distinguida”.

En marzo de 1854 estalló la Guerra de Crimea, que enfrentó a Gran Bretaña y Francia por un lado y a Rusia por otro. Florence Nightingale, al frente de un reducido grupo de mujeres voluntarias (treinta y ocho), prestó asistencia



a los heridos del bando inglés. La joven tenía el cargo de superintendente del Cuerpo de Enfermería Femenina, de los Hospitales Militares Ingleses en Turquía. Con grandes dosis de amor, paciencia y humanidad, consiguieron atender a los heridos que se hacinaban en los barracones de los hospitales de campaña. Al término de la guerra, había un cuerpo de 125

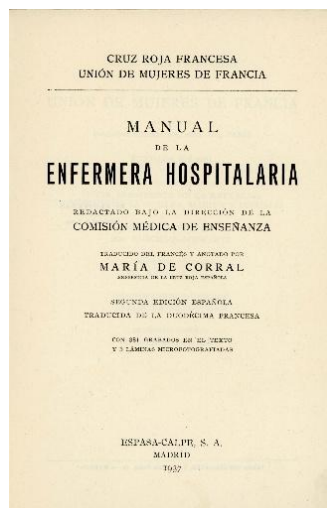
mujeres totalmente adiestradas y capacitadas en esas labores médicas. A su regreso a Inglaterra (1856), Nightingale fundó una escuela de enfermeras en el Hospital de Santo Tomás de Londres, e ideó un uniforme para las alumnas, compuesto de una cofia almidonada, falda ascua y delantal blanco. Florence Nightingale reformó toda la atención médica con arreglo a unas ideas que expuso en sus dos libros: “Notes on Hospitals” y “Notes on Nursing”. Los aspectos principales de su programa eran limpieza y aire puro; Jabón, agua templada y sol, aislamiento moderado y un sólo paciente por cama fueron sus métodos. Sólo con estas medidas, la mortalidad en los hospitales descendió desde el 40 % hasta el 20 %. Sin embargo, no sabía nada de bacterias, y no creyó en su existencia cuando Lister las describió. En 1907 recibió la Orden del Mérito, una de las más grandes distinciones de Gran Bretaña, que por primera vez, se concedía a una mujer.

El ejemplo de Nightingale prendió rápidamente en otros hospitales y saltó las fronteras de Gran Bretaña para extenderse en pocos años por el mundo.

Un momento determinante en el afianzamiento de la enfermería como profesión, fue la Primera Guerra Mundial. Surgieron las escuelas oficiales y se crearon instituciones, como la Asociación Profesional de Enfermeras o el Consejo Internacional de Enfermeras.

### La enfermería en el Museo

En la vitrina, se muestra una parte del material utilizado por la enfermería, para el cuidado del paciente. Material de curas, jeringas con sus agujas, tanto para administrar la medicación como para la extracción de muestras sanguíneas, el tensiómetro, el tradicional reloj para la toma del pulso y el termómetro de mercurio. Las constantes, que se registraban con una frecuencia prevista, se pasaban a una gráfica, como la que figura en el expositor, y eran una pieza fundamental para el seguimiento clínico del paciente.



El libro Manual de la Enfermera Hospitalaria que se muestra fue editado en 1937.

